

EXPLORADORES ESPAÑOLES

JUAN OLIVA DE SUELVES
y JAIME RUIZ CABRERO

EXPLORADORES ESPAÑÓLES

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: noviembre de 2018

© Jaime Ruiz Cabrero y Juan Luis Oliva de Suelves, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es



«Este libro ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte»

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN 978-84-350-2569-0

Impreso en Cayfosa

Depósito legal: B. 22716-2018

Impreso en España

Índice

Introducción	9
Pero Niño	13
Ruy González de Clavijo	51
Andrés de Urdaneta	93
Pedro Menéndez de Avilés	129
Pedro Páez	173
José de Gálvez	205
Antonio Gutiérrez	247
Joaquín Gatell	281

INTRODUCCIÓN

Como en la historia de todos los países, en la nuestra sobresalen las vidas de ciertos protagonistas que suelen atraer la atención de los estudiosos. Pero hay un número considerable de grandes personajes que han sido injustamente olvidados o no lo suficientemente reconocidos, a pesar de que su aportación resultó extraordinaria. Son figuras que tal vez no marcaron una época, pero que sí cambiaron el curso de los acontecimientos.

De entre todos ellos hemos escogido algunos. Son autores de hazañas asombrosas. Les dedicamos unas pocas páginas, no porque no merezcan más, sino con la idea de poder presentarles juntos: una sucesión de vidas apasionantes que representan la rica historia de España.

Entre ellos puede que no tengan mucho en común. Pertenecen a épocas distintas dispersas en quinientos años de historia. Son algunos de esos hombres, de todo origen y condición, que fueron necesarios para escribir esa enorme empresa colectiva llamada España.

Españoles a lo largo de cinco siglos que, desde un rincón occidental del continente, proyectaron nuestro país fuera del estrecho marco europeo y del Mediterráneo en el que solía moverse. Por eso empezamos a finales del siglo XIV, cuando la península ibérica comenzó a mirar hacia el oeste.

Pero Niño es un hijo de la Edad Media que todavía guerreó en las aguas del Mare Nostrum, pero cuya azarosa vida de solda-

do se desarrolla sobre todo en el océano Atlántico: el nuevo escenario de la política europea. A este gran almirante, que todavía se medía en las caballerescas justas medievales y estaba unido a su rey por un vínculo de vasallaje, el Viejo Mundo se le empezaba a quedar pequeño. Es un hombre moderno para su época. Estamos ante un precursor del salto a Occidente que se avecinaba.

Ruy González de Clavijo ha pasado a la historia como el embajador de un país cristiano en la lejana y misteriosa corte del gran Tamerlán. Lo que hoy nos llena de asombro es que un rey europeo, al que imaginamos enzarzado con los nobles levantiscos o peleando en la frontera con el reino de Granada, tuviera la inquietud de enviar un emisario al terrible cojo de Samarcanda. Así pues, Clavijo también es un adelantado a su tiempo. Estamos ante una suerte de diplomático *avant la lettre*: un cronista inquieto y un difusor de la cultura.

Andrés de Urdaneta vivió un siglo y medio más tarde. Todavía pertenece a la generación que demostró, a bordo de sus barcos, la esfericidad de la Tierra. Como Magallanes, cruzó el gran océano Pacífico rumbo a Asia. Fue el primero en lograrlo en sentido contrario, cerrando definitivamente el círculo. Con ellos se hizo posible la navegación en ambos sentidos por el inmenso océano, así como la exploración de sus innumerables archipiélagos.

La incorporación de América al mundo conocido es la gran obra de España. Desde su descubrimiento hasta la fundación de cientos de ciudades de norte a sur (focos de cultura sometidos al imperio de leyes escritas), estamos ante una labor gigantesca que con sus luces y sus sombras cambió la historia de la humanidad. De entre la multitud de conquistadores, Pedro Menéndez de Avilés ocupa un lugar destacado como prototipo del adelantado que, haciendo honor a su nombre, abre caminos al hombre occidental. Él fue el colonizador de Florida y el gana-

dor de cien combates a una orilla y otra del Atlántico. Es probable que la clave de su éxito fuera entender el alcance de lo que hacía y respetar profundamente al indígena americano.

No menos importantes que los conquistadores fueron los frailes misioneros. El mismo Urdaneta había empezado como marinero. Fraguó su vida como marino y terminó como fraile. Sin embargo, la historia le recuerda como hombre de mar. Pedro Páez, en cambio, fue fraile y sólo fraile. Gracias a una voluntad indomable, consiguió llegar a Etiopía y convertir al catolicismo a tres emperadores. Sin perseguirlo, fue un auténtico hombre del Renacimiento: universal e innovador. Además, se convirtió en el primer explorador occidental que penetró en el corazón de África. Esa no era ni su intención ni su misión, pero eso no implica que no fuera consciente del enorme significado histórico de descubrir las fuentes del Nilo.

Hay otro tipo de personaje que, sin gozar del relumbramiento de los anteriores, también ha desempeñado un papel esencial en la construcción del vasto Imperio español: el político. Del influyente cardenal Rodríguez Fonseca en adelante, un ejército de funcionarios reales organizaron la expansión española. Es cierto que muchos se convirtieron en burócratas sin más; cuando eso sucedía, entorpecían los descubrimientos. No obstante, muchos sí ayudaron a coordinarlos e impulsarlos.

Con el tiempo fueron cobrando más y más importancia para bien y para mal. Y cuando en el siglo XVIII quedaban ya pocos héroes, fueron los administradores quienes preservaron la integridad del imperio. José de Gálvez fue uno de los más brillantes, ideando y desarrollando una política asombrosamente global.

Agotada en su impulso, en aquella época, España ya estaba a la defensiva. A duras penas podía abarcar lo que tenía y no le quedaba mucho por conquistar. Entonces, junto con los polí-

ticos ilustrados, apareció otra clase de protagonistas más propios de un Estado moderno. Fue el momento en que los militares de carrera tomaron el relevo de los hombres de armas.

Con pocas excepciones, merecen el máximo respeto. En gran medida, a ellos se les debe la supervivencia durante años de aquel inmenso y longevo imperio, a pesar de que las circunstancias políticas y geoestratégicas eran cada vez más difíciles. No fueron pocos los Blas de Lezo que supieron organizar y unir a los españoles militares y civiles de ambos continentes en la defensa del país. Antonio Gutiérrez de Otero es uno de los grandes ejemplos. Gutiérrez, los habitantes de Tenerife, la gente en Cádiz o en Buenos Aires: militares y milicias populares unidos para plantar cara a la marina más poderosa de la época.

Aquellos años, entre el final del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, fueron los últimos del más duradero y poderoso imperio oceánico de la historia. Luego se derrumbó casi completamente: era la España crepuscular camino de la catástrofe final del 98. Ya no había territorios por explorar y conquistar en ultramar. Ya no quedaban aventureros dispuestos a todo. Apenas pequeños episodios de colonialismo sin sentido, como actores secundarios de la política francesa en México y en la Conchinchina.

El siglo XIX es el de exploradores, militares, geógrafos y científicos. Con patrocinio público o privado, así como de los imperios coloniales de última generación, se aventuraron en busca de materias primas y nuevos mercados. Para entonces, el protagonismo de España era casi testimonial. Tan sólo algunos hombres audaces como Gatell se lanzaron espontáneamente a explorar tierras extrañas. Sus peripecias novelescas son un buen epílogo de la gran aventura histórica de la nación española por los cinco continentes.

PERO NIÑO

El victorial, por Gutierre Díaz de Games

Si cuando lord Byron escribió su famosa obra *El corsario* hubiera conocido las hazañas de Pero Niño, tal vez hubiera podido inspirarse en nuestro héroe. El noble y romántico lord tomó inspiración de Francis Drake y Walter Raleigh, dos ingleses elogiados *urbi et orbi* en la literatura inglesa.

Sin embargo, las historias de aquellos hombres no son comparables a la trayectoria guerrera del capitán Pero Niño, que llevó sus armas triunfantes a la Berbería y que, para colmo de audacias, atacó las costas inglesas, en las que derrotó con gran valor a las tropas y a las gentes de aquel país. A comienzos del siglo xv, las tres galeras de Pero Niño emprendieron travesías y libraron combates contra enemigos muy superiores (en número y en fuerzas), pero siempre los acompañó la victoria.

El capitán Pero Niño, castellano viejo, marino, corsario, guerrero y campeón de los ballesteros hispanos, fue un héroe de leyenda.

La obra *El victorial*, escrita por un alférez o ayudante de armas de Pero Niño, es una completa biografía de su vida. Los textos han llegado completos hasta nuestros días. Se pueden encontrar en la Biblioteca Nacional. Existen, además, otras cinco versiones originales. El libro se tradujo al francés, al inglés y, en

parte, al alemán. La versión moderna y española de Juan de Mata Carriazo (1940) es la más conocida. En 1989 se editó una nueva que corrió a cargo de Jorge Díaz, en la Editorial Polifemo.

El libro de Gutierre Díaz de Games es tres cosas a la vez. Es una rara y bella muestra de libro de caballería: fantasioso y arcaico. Es un diario de operaciones de guerra en el mar. Y es un relato que cuenta cómo Pero Niño se convirtió en un héroe legendario.

En nuestras descripciones (forzosamente breves) a menudo haremos referencia al acabado y perfecto estudio de Rafael Beltrán Llavador sobre *El victorial* (Taurus Ediciones, 1994).

También por razones de espacio, nos olvidaremos del proemio o presentación del libro, para centrarnos en la parte central de la obra: el tratado. Así pues, resumiremos los relatos iniciales de la vida de Pero Niño, que se extienden hasta sus veinticinco años.

Nos centraremos en las batallas marítimas en las que participó entre 1404 y 1407. Para ello, echaremos mano del «diario de a bordo», escrito tal vez por un marino muy versado en las técnicas marineras de aquellos años y que pudo servirle a Gutierre para componer su obra.

Pero Niño nació en Buelna, provincia de Burgos, en 1378. Era hermano de leche del futuro rey Enrique III de Trastámara, que nació dieciocho meses más tarde. La madre de Niño, Inés Lasso, de noble origen, fue ama de cría de Enrique. Por tal razón, se la recompensó, cosa que le permitió a nuestro héroe criarse en la casa real.

Según la costumbre de la época, su padrino fue el condestable Ruy López Dávalos, que influyó en la niñez y juventud de Pero Niño. En el tratado se escribe: «ansí fue criado este doncel, e le crió e doctrinó este buen hombre, fasta el tiempo que hubo catorce años».

Poco tiempo después, Pero Niño actúa en favor del rey en los cercos de la sublevada ciudad de Gijón. Se supone que lo hizo como doncel, aunque (con el deseo de ensalzar en todo momento su heroica figura) también se le da cierta importancia a su presencia en aquellas lides. Nuestro héroe estaba alineado con las huestes de Enrique III de Trastámara. Por lo que se cuenta, Gijón continuaba fiel a un antiguo súbdito de su hermanastro, Pedro el Cruel, que había fallecido a manos de un pariente.

Poco más tarde, Niño va a Sevilla con su rey. Allí realiza una caballeresca hazaña venatoria. Su cronista la ensalza para elevar su figura una vez más. «E vinieron los canes con un gran javelín... Este donzel Pero Niño, venia en pos del puerco e matolo en el agua, e tráxolo metido en la lança por el agua hasta tierra, ayudándose el puerco».

Al año siguiente, Pero Niño acudió a luchar en unas escaramuzas con los portugueses. Allí tuvo ocasión de vencer a un fuerte contrincante llamado Gómez de Dómulo («era hombre muy recio»). Por lo que se sabe, la lucha debió de ser feroz: Dómulo daba fuertes golpes a nuestro doncel, tapándose con el escudo; sin embargo, Pero Niño soltó un hachazo a su rival por encima de aquella protección y «le feudó bien un palmo en la cabeza y allí quedó Gómez Dómulo».

En la misma línea, se afirma: «era este caballero muy valiente en los torneos y en todas las cosas que pertenecían a caballería, y que fue el más fuerte justador de la época». No contento el autor del libro con poner de relieve las gracias de su amo, afirma también que tenía buenas maneras y virtudes interiores «de las que pertenecen al alma». O sea, que debía de ser tan bondadoso como osado y brutal guerrero.

Su tutor, don Ruy López, lo casó con su cuñada, Constanza de Guevara, viuda de Diego de Velasco, «un gran hombre».

Se sentaban juntos a la mesa, don Ruy, Pero Niño y las dos hermanas: «con la gran conversación fueron enamorados». Tuvieron un hijo al que llamaron Pedro. Doña Constanza estuvo casada con Pero cuatro o cinco años, hasta que falleció.

En el capítulo siguiente del libro, se habla del amor, aprovechando la ocasión de las solemnes nupcias de Constanza y de Pero. De este modo, entramos en una fase del texto que nos recuerda el estilo y la fantasía de los libros de caballerías.

Aquí se nos explica que hay tres clases de sentimiento amoroso: el amor, la dilección y la querencia. El «amor» es el que dedicó Celestia, reina de las amazonas, al rey Alexandre. Tan sólo quería tener un hijo con tan valiente y bello varón; cuando lo consiguió, se volvió a su reino de «Femenina, muy alegre y pagada». «Dilección» es lo que sintió la reina Pantesilea por Héctor. El gran guerrero troyano la rechazó. Tiempo después, aquella mujer, convertida en un mar de lágrimas cuando supo de la muerte de Héctor a manos del cruel Aquiles, no se quiso casar con nadie. «Querencia» es lo que experimentó la reina Dido de Cartago, loca de amor por Eneas. Cuando este la despreció y partió hacia Italia, ella se suicidó. Lo hizo de una forma más que llamativa. Se clavó en el pecho la espada de Eneas, subida en una alta torre. Desde allí, cayó en un gran fuego que había preparado, tal vez para pasar a la historia con tan soberbio espectáculo.

En cualquier caso, no conviene perderse demasiado en la distinción de estos tres tipos de amor. Ya se sabe que los libros de caballería son, al fin y a la postre, libros de caballería. Ni más ni menos.

Tanto su tutor como Pero cuidaban mucho su posición económica y social. Una vez casado el joven, recibió del rey Enrique III un encargo muy importante. Cuando el futuro marino cumple veinticinco años, tras haber intervenido con gran valor y destreza en varios hechos de armas en apoyo de su rey,

el monarca juzgó que Pero tenía la edad suficiente y era lo bastante poderoso para poder tener señorío propio, con gentes que dependieran de él.

En los prósperos tiempos del siglo XIV, desde los puertos cristianos de Sevilla, Cádiz y Cartagena se realizaba un importante comercio con Italia, sobre todo de lanas merinas y churros. En los últimos años de aquel siglo, aumentó la piratería llevada a cabo por los moros de las costas de Berbería y también por algunos castellanos que hacían la guerra por su cuenta. Los comerciantes y los laneros de Castilla pidieron auxilio al monarca y «el rey llamó a Pero Niño e encomendole este fecho muy secretamente. Mandole aparejar en Sevilla galeras».

Él recibió con entusiasmo la idea de su buen rey Enrique. Sin duda, debía de ser un hombre audaz para lanzarse a la vez a un extraño mundo de oficiales, de corsario y de pirata, sobre todo teniendo en cuenta que no contaba ni con la más mínima idea de navegación con vela ni de los tremendos riesgos que lo esperaban.

En las acciones de policía de la marina de Castilla, la Armada intervenía con plena legalidad en los mares que estaban bajo su jurisdicción. El rey concedía la patente de corso a un marino cuando le autorizaba a actuar y a apresar naves extranjeras. La única obligación que aceptaba era aportar a la Corona un porcentaje de lo obtenido, a menudo un veinte por ciento.

La piratería era un asunto totalmente irregular. Se actuaba por cuenta propia, sin permiso alguno. Todo el beneficio resultante de aquellas acciones era para el pirata..., aunque a veces lo único que quedaba era una larga y fuerte soga de la que lo podían colgar.

En Sevilla, Pero Niño armó dos galeras a remo y vela, así como una nao de carga. Eso sucedía en Sevilla a principios del mes de mayo de 1404. Todos los bastimentos, personas y naves

habían sido suministrados por el rey, siempre magnánimo en todos «sus fechos», como dice Gutierre. Le proporcionó muchas monedas de oro y de plata, para gastarlas en los países extranjeros. También llevó a su primo Fernando Niño, a treinta fuertes y bien adiestrados hombres de armas a bordo de las galeras, así como a unos cuantos más en la nao que comandaba Pedro Sánchez de Laredo, famoso también por sus hazañas.

Como patrón y como técnico mayor de navegación llevaban a micer Nicoloso Borrel, antiguo caballero genovés, que había sido patrón de galeras y había protagonizado grandes hazañas en la mar. En la otra galera, el comandante era Juan Bueno, cómitre de Sevilla. Según Gutierre, era el mejor marino de galeras de toda España. Estamos ante una limitada flota de ataque naval, pero muy bien construida y pertrechada en Sevilla por el rey y por Pero Niño. Hoy en día, los estadounidenses lo llamarían: «*sea task force*».

Bajando el río Guadalquivir llegaron a la villa de Coria, donde fueron obsequiados con un gran pavón (pavo) muy aderezado y con otros manjares exquisitos que pagaba un «hombre muy honrado de Sevilla». Durante aquel gran almuerzo, animado por numerosos cantares y tañedores de instrumentos, se pronunciaron varios votos.

Según nos explica Rafael Bertrán, estos votos aludían a viejas tradiciones caballerescas que, a la par que el pavón, remitían a libros escritos en el inicio del siglo XIV. Por ejemplo, los *Vœux du Pavon*. Más adelante, afirma que todas estas ceremonias, en el remoto caso de que hubieran sucedido, tendían a cumplir con aquellas viejas tradiciones de los libros de caballería.

Salieron del río Guadalquivir y navegaron hasta Cádiz. De ahí fueron a Gibraltar, tierra dominada por los moros, que en aquella época feliz estaba en paz con los cristianos. En esta plaza, los infieles les dieron el adaifa, presente que se otorgaba a

los navegantes que llegaban a un puerto. El regalo consistió en vacas, carneros, gallinas, pan cocido y vasijas llenas de alcuzcuz y otros manjares adobados. Todo ello se complementó con un festejo moruno acompañado de «bayles, este añafiles, e de xabebas, e otros instrumentos». Se supone que la adaifa de estos moros tan «magnánimos» no fue gratuita. Sin duda, en aquellos festejos, algo tendrían que ver las monedas de oro y de plata que llevaban consigo.

Partieron y pasaron por Almuñécar. Entonces, a unas dos millas de Málaga, con el sol de poniente y navegando a remo cerca de la costa, «aconteció allí una maravilla a los que tal no habían visto». Al atardecer, se levantó una niebla densa y muy oscura que se cernió sobre las galeras, las cuales, a pesar de estar muy cerca, no se veían entre sí.

Los remeros y los marineros dijeron que los moros eran unos hechiceros que habían provocado aquella tremenda oscuridad y pidieron que se los desatara de los remos, por temor a que las naves chocaran con las rocas y se fueran a pique. Se per-signaron y pidieron a Dios que los librara de aquella maldad. Por fortuna, aquella niebla no tardó mucho en disiparse y pudieron volver a empuñar los remos. Una vez más, Rafael Bertrán nos instruye cuando afirma que estos fenómenos marinos descritos en el libro como una cosa de hechicería debían de ser tan sólo unas turbonadas costeras de lo más normal.

Poco después, penetran en el fondeadero de Málaga. La ciudad se describe con detalle. Muchos marinos entran en la judería y en las atarazanas, largas construcciones góticas situadas al borde del agua que servían de almacenes para las galeras en las invernales épocas en las que no se salía a navegar. En Málaga seguía habiendo tregua con Castilla. De este modo, se pudo organizar otra adaifa jubilosa, amenizada con muchos atabales y otros instrumentos musicales. Aquella misma noche, comen-

zó a alzarse el viento berberisco, contrario a la costa, por lo que tuvieron que pasar la noche fondeados ante las playas para no ir a tierra.

Al alba, navegaron rumbo a Almería, donde libraron con una gran tormenta de popa que los llevó a Águilas y, poco después, al gran puerto natural de Cartagena. Allí pudieron reparar las galeras de los desperfectos sufridos en la tormenta del viento del oeste.

Pronto salieron de Cartagena «ávidos de moros». Poco después se les escapó una buena nave de Berbería. La flotilla la persiguió hasta aquellas costas enemigas. Algo más tarde, fueron a hacer aguada en unas cuevas llamadas de Alcoceber. Tenían que ocupar un alto situado sobre el punto de aguada que estaba dominado por los moros. Pero Niño, a regañadientes de su alférez, atacó el promontorio y venció a los infieles en una breve batalla en que «los moros eran muy recios y eran muy desarmados, pero muy denodados y pelean bien con esas pocas armas que ellos usan». Finalmente, tras emplear los enemigos «un arte» que consistió en retroceder para volver a atacar más tarde, la costa queda libre y los aguadores pueden realizar su cometido.

Tras unos días en navegación de cabotaje por las costas berberiscas cercanas a Orán, nuestros expedicionarios vuelven a Cartagena sin haber avistado ningún navío enemigo que fuera susceptible de ser atacado.

Al atracar en la ciudad, reciben nuevas de un corsario al que Enrique III le tenía una especial tirria. Se llamaba Juan de Castrillo y debía ser neutralizado. El tal Juan y otro maleante, Pero Lopete, habían asesinado en Burgos por cuenta del rey Anjou a un gran prohombre castellano: Diego de Rojas. Castrillo navegaba ahora tras las costas de Aragón con otra galera de Arnán Aymar, corsario a su vez y tan malvado como el bueno de Castrillo.

Tras salir Cartagena, el capitán fue al cabo de Palos y más tarde a Barcelona «e a San Felió». Allí se enteraron de que sus futuras presas andaban cerca de Marsella, por lo que les decían, protegidos por el papa Benedicto XIII, el llamado Papa Luna. Este falso pontífice vivía por aquellos años en Marsella, en un convento benedictino cercano al mar. A la llegada a Marsella en persecución de los corsarios, se nos describe en detalle la ciudad y se concreta que los corsarios estaban «en la guardia del papa; avían sueldo de él. Yvan a robar e bolvíanse a Marsella».

Frente a Marsella, había unos islotes señalizados. En una de las llamadas islas Penegas, vieron un mástil alto y bien hundido en la tierra con dos banderas: una era cuadrada; la otra, terciada y larga. Según el navío que se acercaba por mar, se mostraba una u otra. La bandera cuadrada indicaba una embarcación con remos. La bandera triangular, una nave a vela.

Al ver a los castellanos, los corsarios enemigos intentaron salir del puerto de Marsella. Pero Niño salió a su encuentro con sus dos rápidas galeras. Los corsarios simulaban poblar las cubiertas de sus naves con gente bien armada. Cuando los españoles realizan una acción similar, aprovechan para escapar al mar abierto, remando a toda velocidad. Al desarmar rápidamente las cubiertas de las galeras, los corsarios consiguieron que hubiera muchos hombres moviendo los remos. Así pudieron superar en velocidad a los castellanos, en cuya cubierta aún había mucha tropa armada.

La entrada en Marsella de aquellos valientes resultó complicadísima. La gente del papa los recibieron de uñas. Enseguida tuvieron muchas naves a su alrededor. En un pequeño bergantín vieron a un buen caballero de Malta, que, tras muchas discusiones, firmó una suerte de paz con ellos, en nombre del papa Benedicto. Eso sí, con la condición de que dejaran tranquilas a las galeras huidas. No les quedó más remedio que aceptar. Cuando tomaron puerto, tuvieron que explicar a su gente

que «todos dixesen que eran moros y que por esta razón los quisieron tomar». ¡Ay, el bueno de Pero Niño! Esta parte del relato no casa bien con el noble espíritu de la caballería, aunque no es malo darse cuenta de que hasta en el corazón del heroico de don Pero había alguna cosa del acomodaticio espíritu de Sancho Panza.

En Marsella conocieron al papa. Los agasajaron grandemente; sin embargo, al cabo de poco, Pero Niño empezó a encontrarse mal y enfermó de calenturas. Eso no le impidió armar su durísima ballesta (llamada «la Niña») ante los numerosos ballesteros que allí se encontraban y que, según se cuenta, fueron incapaces de armar a brazo tan poderoso armatoste.

Cuando Pero se encontró recuperado, se enteró de que las galeras enemigas habían huido a Cerdeña. Tras despedirse del papa, marchó sigilosamente hasta el puerto de Toulon. El capitán propuso navegar hasta Cerdeña, pero sus marineros temían el mal tiempo y el fuerte viento contrario que soplabá del sureste: «Mor Pero Niño fue, non tenia peligro ninguno que venirle pudiese a respecto de la honra [...] contra la sabiduría de los marineros e contra la fuerza del viento, mandó alzar anclas e navegando vía de las islas. E partió como el águila que va buscando la prea».

Como aquellos sabios marineros habían previsto, pronto se desató una gran tormenta. Los tripulantes pidieron volver a tierra, cosa a la que se negó con energía nuestro imprudente capitán. Aquella tormenta perfecta desarboló las naves y los timones, con aquel desatado viento de proa.

Vieron perdidas las naves y pidieron a santa María que los ayudase mientras unas olas enormes inundaban las cubiertas y destapaban las escotillas. Al cuarto día, el viento se calmó y empezó a soplar desde el norte, cosa que les permitió navegar hacia el sur con lo que había quedado de velamen.

Navegaron por las bocas de Bonifacio y tomaron puerto en el Alguer, que era un dominio del rey de Aragón. Allí fueron bien recibidos por el capitán de la villa, que los obsequió con la habitual generosidad. Por lo que vemos, viajar y hacer turismo en aquellos tiempos tenía sus alicientes, pues una vez que el anfitrión aceptaba al viajero, éste siempre era bien agasajado.

En aquel puerto, encontraron las dos naves corsarias que habían perseguido con saña. El capitán de la plaza les dijo que no atacasen a aquella gente, porque les guardaban los puertos y les suministraban comestibles. Nuestros hombres, metidos en aquella plaza fuerte, no tuvieron más remedio que aceptar tan duras condiciones. Poco después, Niño supo que una nao grande que otros corsarios habían tomado a mercaderes de Sevilla (muy bien armada y construida) había fondeado en el puerto de Oristano: «El capitán fué allá, e peleó con la nao, e tomóla en poca de ora».

De Oristano, en Cerdeña, partieron hacia las costas de Túnez en busca de las galeras que armaba el bey de Túnez. Fondearon en una isla llamada Gemol, a cinco millas de Túnez. Descansaron en aquel lugar de todos los penares que habían sufrido en aquel mar furioso. A los pocos días, en silencio y sin luces, navegando a remo con sigilo infinito, se acercaron al puerto de Túnez. Desde luego, tenían una moral de hierro, pues el puerto estaba muy bien defendido, con navíos y fustas armadas.

Cuando llegó la noche, abordaron una galera enemiga, la apresaron y entraron en el cerrado puerto de Túnez, donde vieron una enorme galeaza del bey, que se convierte rápidamente en su siguiente objetivo. Al oír una trompeta en el puerto, la embarcación huye de las dos galeras del capitán y se cuela por un canal estrecho. Niño la persigue y la proa de su embarcación embiste la popa de la galeaza tunecina. Salta a la cubierta alta del enemigo: el combate es feroz. Al ver a un guerrero solitario y aislado, los tunecinos se revuelven como perros furiosos.

Por fortuna, la galera de su primo Fernando Niño llegó a tiempo. Entre la gente de Pero y la de Fernando salvan al capitán, que, no obstante, resultó malherido por los golpes que un feroz caballero moro le dio en la cabeza con una gran espada «que le hiciera fincar las rodillas».

En la batalla se reunieron «ya en la mar más de diez mil moros». El asunto se puso más que feo. Los castellanos, en retirada, desvalijan la galera que llevaban presa, así como la galeaza, que en su fuga miedosa había quedado encallada en tierra.

La galera de Pero, también atrapada en aquella estrecha vía, no puede salir de allí y tienen que pedir cabos a la galera exterior de Fernando Niño. Gracias al remar poderoso de la galera amiga, ambos navíos consiguieron salir de aquella terrible situación, pues, según nos cuentan: «toda el agua alrededor de las galeas andava tinta en sangre». Para poner la guinda a aquel terrible combate, además de desvalijar las dos naves enormes, les prenden fuego.

Fondearon en la costa a pocas millas del puerto para que aquellos marineros tan maltratados por los combates con los tunecinos pudieran curarse de sus heridas y descansar un poco. Un emisario del bey se les acercó y les comunicó que su señor sólo deseaba la paz: no entiende por qué los han atacado por sorpresa. No parece un discurso muy razonable. Sin embargo, Niño contesta que él sólo cumple órdenes de su rey Enrique III de Castilla y que, sea como sea, piensa partir de allí inmediatamente.

A continuación, el relato nos ofrece una detallada descripción de la capital «que es una muy gran y hermosa ciudad». Cerca de Túnez está la ciudad de Tafielt, con un monte de palmeras de ocho leguas de longitud donde se puede admirar una rica fauna africana compuesta de búfalos, camellos, gacelas, avestruces y leones (el león de Berbería no se extinguió hasta mediados del siglo XIX).

Tras partir de Túnez, costearon el norte de África y navegaron hacia el oeste en busca de navíos moros. Pasaron por Bona y Bujía. Al no encontrar en esas aguas ningún navío enemigo, entraron en el mar de Alborán. Tras muchos días navegando por el golfo sin encontrar presas, regresaron a la ciudad de Cartagena. No lejos de su entrada atacaron ferozmente a un cárobe de moros «muy rico, en que tomaron moros, e paños de oro y seda, e muchos alquiceres, cereales e muchos otras cosas». Por lo que se nos cuenta, los corsarios aún no estaban saciados de riquezas.

En el puerto de Cartagena descargaron todo lo que habían recaudado en su larga navegación. Los moros cautivos van a parar a manos del rey. También aprovechan la ocasión para curar a los heridos, entre ellos Pero Niño, cuyo estado de salud resulta preocupante por momentos.

Se reparan las galeras y las naves; se refuerzan o se recomponen las ballestas (en aquel tiempo, el arma naval de referencia). Además, se provee a todos los barcos de pan, vino, tocino, queso, agua, leña y de todo lo necesario.

Tras los preparativos, se celebra el consejo. Pero Niño decide realizar una nueva expedición a las costas de Berbería. Los cirujanos protestan: está muy grave, debe descansar para curarse de sus heridas. Pero él no cede en su resolución y pronto manda organizar la tercera expedición de su flotilla a tierras de los moros. Salen de Cartagena. Empujados por un fuerte viento de levante, navegan a toda vela con rumbo sur. Al cabo de una sola jornada, consiguen avistar la costa africana. Fondean en las ya conocidas islas Habibas, cercanas a la ciudad de Orán, donde aguardan por «si pasarían navíos de moros». El ávido Nuño convoca consejo con los patrones y los mareantes. El patrón de una galera de Aragón los informa de que cerca de allí hay un aduar, a dos millas. Está poblado por unos trescientos moradores.

Parten de noche. Ya en tierra firme, envían a dos exploradores a investigar. Algo más tarde, parte una tropa fuerte y bien armada al mando de su primo Fernando. Pero Niño, herido, se queda en su galera y ordena a las tropas expedicionarias «que no curaran de tomar ninguna cosa que los estorbara, salvo hombres e mujeres e criaturas; e a los que no pudiesen traer o prender, que todos los pusiesen a espada y los matasen».

Visto desde la perspectiva actual, llama la atención la dureza y la crueldad de tales palabras. Suena terrible. Pero no hay que perder de vista que estamos en el Bajo Medievo español, con esa continua lucha contra los infieles que conllevaba sed de lucha y exterminio. Aquella mentalidad, además, resultaba práctica.

Como no tienen conocimiento alguno de la zona, la avanzadilla deambula toda la noche por el lugar sin dar con su objetivo. Cuando amanece, se ven en gran peligro: hay grupos de moros a caballo por todas partes. La tropa, desorientada, retrocede hasta el mar, para regresar a las islas Habibas, donde se refugian en las galeras y en la nao.

Pero Niño, inquieto y nervioso, se ha quedado en su navío y aprovecha para dar rienda suelta a su mal humor. Les reprende con furia: «Non me pesa por la presa e la ganancia, ni por el despojo que non traedes, como por el menoscabo que todos, el día de oy, distes de mi y de mi honra». La arrogancia, el egocentrismo y el sentido del honor propio de don Niño eran desmesurados. Los oficiales responden que suerte han tenido de volver vivos y que fue un milagro divino que no los vieran en tierra, tan lejos de la mar. Haber salido con vida de allí es un milagro.

Al día siguiente, capturan a un moro, que los informa de que el aduar que buscaban estaba cerca de la costa. En aquel momento, lo ocupan las fuerzas de un jefe alhárabe, nómada

descendiente de españoles. A sus órdenes, con mil quinientos hombres a caballo. Queda claro que si la avanzadilla hubiera encontrado el aduar la noche anterior, no habría quedado uno con vida. Al fin y al cabo, aquellos hombres estaban en lo cierto: fue un milagro.

Por lo que se desprende de los textos, a Pero Niño no lo arredra nadie. Menos aún la desdeñable cifra de mil quinientos moros bien armados y a caballo. En esta ocasión, el número de hombres a su cargo no figura en los textos. Por lo que se ha contado antes, podría contar con una cincuentena larga de ballesteros, un centenar escaso de galeotas o remeros y unas tres docenas de marineros expertos.

Al alba del día siguiente, manda desembarcar a las galeotas y a los ballesteros; les ordena apoderarse del ganado que andaba por las cercanías en grandes rebaños. Proceden a cercarlos en la playa, frente a los navíos. Un gran número de moros acude a salvar a su ganado y los castellanos cargan pronto contra ellos. En su atrevido avance, dejan atrás una serrezuela y descubren el alhorma (campamento) de tiendas negras del jeque Mulán Aben Agí. Sin perder más tiempo, se lanzan al ataque, saquean y se llevan más ganado y toda clase de mercancías. Sin embargo, los moros vuelven a la carga; los cristianos, pertrechados de toda clase de objetos y bienes robados, huyen. Sus jefes los obligan a abandonarlo todo para poder defenderse con sus armas: «Eficiéron echar de si toda la presa que traían, diziendoles que peleasen muy de recio cada uno por escapar la vida».

Cuando Pero Niño ve el gran peligro que corren los suyos, salta a tierra junto con los marineros que se han quedado con él: abandona las galeras, que quedan en manos de Dios. Tras una terrible batalla, derrotan al enemigo. Las ballestas desempeñan un papel definitivo. Mueren muchos de los enemigos; otros tantos son hechos prisioneros.

Como comenta Rafael Bertrán, las dotes narrativas de Gutierre Díaz hacen del episodio bélico un interesante capítulo novelesco. Tras abandonar las naves, Pero Niño logra salvar a los suyos de una situación desesperada. No llegará a quemar las naves como hizo Hernán Cortés, pero las deja en su fondeo solitario.

Parten de las Habibas y navegan hasta Orán y Mers el Kebir. Algo más tarde, alcanzan las cuevas de Alcoceber, que ya habían visitado en su primera aventura. Hacen aguada con grandes dificultades en un lugar en el que los infieles no les recuerdan con mucho afecto: «fueron a ellos como canes rabiosos, sin ningún temor, e lanzaron muchas piedras e llegaron a darse de las lanzas con ellos».

Tras obtener el agua, se retiran con prudencia. Hacen bien, pues una celada de «cinco mil moros de a caballo y más gente de pie» les esperaba en tierra. Es una cifra que, sin duda, Gutierre, demasiado fiel a su amo, exagera. Pero es la que da.

Algo más tarde, Pero Niño sigue el consejo de descansar que le da el cómitre Juan Bueno «que era muy provado marinerero». Tras atracar en Cartagena, arriban a Sevilla, donde Niño se repone de sus heridas antes de partir por tierra hasta Segovia, sede de la corte.

En 1402 y 1403, los ingleses han asaltado barcos castellanos que transportaban rica lana de la Meseta. Sucede en el canal de la Mancha. El rey castellano procede a reunir una enorme flota de cuarenta naves al mando del almirante Ruiz de Mendaño. Sin embargo, no realiza acción alguna de guerra. No obstante, Pero es un hombre hecho de otra pasta. El rey Enrique III le manda atacar a los ingleses, unidos a los franceses, sus aliados en esta época.

El rey arma tres galeras y Niño da dos de ellas a su primo Fernando; la otra, a Gutiérrez de la Calleja, «un buen fidalgo de aquella tierra».